

EL PAÑO DE LA VERÓNICA

5º-6º

1

En uno de los últimos años del reinado del emperador Tiberio, sucedió que un pobre viñador y su mujer se establecieron en una choza solitaria, allá arriba en los montes Sabinos. Eran forasteros y vivían en la más grande soledad, sin recibir jamás la visita de nadie. Pero una mañana, al abrir el viñador su puerta, encontró con asombro a una anciana acurrucada en el umbral. Iba envuelta en un sencillo manto gris y parecía muy pobre. Y sin embargo, cuando ella se levantó y se le acercó, le pareció tan imponente que no pudo menos que recordar lo que cuentan las leyendas de diosas que visitan a los mortales bajo la apariencia de una anciana.

«Amigo mío», dijo la anciana al viñador, «no te extrañes de que haya dormido esta noche en tu umbral. Mis padres vivieron en esta choza, y aquí nací yo hace casi noventa años. Esperaba encontrarla vacía y abandonada. No sabía que nuevas gentes se habían adueñado de ella.»

«No me extraña que creas que una choza tan alta entre estas peñas solitarias estaría vacía y abandonada», dijo el viñador. «Pero mi mujer y yo venimos de un país lejano, y nosotros, pobres forasteros, no hemos podido encontrar mejor morada. Y a ti, que después del largo camino que has emprendido a tu avanzada edad, debes estar cansada y hambrienta, te será bienvenido que la choza esté habitada por personas y no por los lobos de los montes Sabinos. Dentro encontrarás todavía una cama para descansar, así como un cuenco de leche de cabra y un pan de hogaza, si te quieres contentar con eso.»

La anciana esbozó una leve sonrisa, pero fue tan fugaz que no logró disipar la expresión de honda congoja que reposaba en su rostro. «Pasé toda mi juventud aquí arriba, en estos montes», dijo. «Aún no he olvidado el arte de ahuyentar a un lobo de su cueva.»

Y lo cierto es que tenía un aspecto tan fuerte y vigoroso, que el trabajador no dudó de que, a pesar de su avanzada edad, poseía aun bríos suficientes para enfrentarse a las fieras del bosque.

Sin embargo, repitió su ofrecimiento, y la anciana entró en la choza. Se sentó a la mesa de las pobres gentes y compartió sin titubeos su comida. Pero aunque parecía muy satisfecha de poder comer pan duro remojado en leche, el hombre y la mujer pensaron: ¿De dónde puede venir esta vieja caminante? Seguro que más de una vez ha comido faisanes en fuentes de plata que bebido leche de cabra en cuencos de barro.

De cuando en cuando alzaba la vista de la mesa y miraba a su alrededor, como si quisiera orientarse de nuevo en la choza. El humilde habitáculo, con sus desnudas paredes de barro y el suelo de tierra apisonada, ciertamente no había cambiado mucho. Incluso mostró a sus huéspedes que aún se veían en la pared unos trazos de perros y ciervos que su padre había dibujado allí para alegrar a sus hijos pequeños. Y arriba, en un estante, creyó ver los restos de un recipiente de barro en el que ella misma solía ordeñar la leche.

Pero el hombre y su mujer pensaron para sus adentros: Bien puede ser verdad que haya nacido en esta choza, pero en la vida ha tenido que hacer otras cosas bien distintas que ordeñar cabras y hacer mantequilla y queso.

También notaron que a menudo estaba muy lejos con sus pensamientos y que cada vez que volvía en sí, suspiraba honda y pesarosamente.

Por fin se levantó de la comida. Agradeció amablemente la hospitalidad recibida y se encaminó hacia la puerta.

Pero entonces el viñador la encontró tan lamentablemente sola y pobre, que exclamó: «Si no me equivoco, no era en absoluto tu intención, cuando subiste anoche, abandonar esta choza tan pronto. Si eres realmente pobre, como parece, entonces seguramente habría sido tu propósito quedarte aquí todos los años que te quedan por vivir. Pero ahora quieres irte porque mi mujer y yo ya nos hemos adueñado de la choza.»

La anciana no negó que hubiera acertado. «Pero esta choza, que ha estado abandonada tantos años, te pertenece a ti tanto como a mí», dijo. «No tengo derecho a echarte de aquí.»

«Sin embargo, es la choza de tus padres», dijo el viñador, «y seguro que tienes más derecho a ella que yo. Además, nosotros somos jóvenes y tú eres vieja. Por eso, debes quedarte tú, y nosotros nos iremos.»

Al oír estas palabras, la anciana se quedó muy sorprendida. Se volvió en el umbral y miró fijamente al hombre, como si no comprendiera lo que quería decir con sus palabras.

Pero entonces la joven mujer intervino en la conversación.

«Si a mí me fuera dado opinar», dijo a su marido, «te pediría que preguntaras a esta anciana si no querría considerarnos como hijos suyos y permitirnos quedarnos con ella para cuidarla. ¿De qué le serviría que le regaláramos esta miserable choza y la dejáramos luego sola? Sería terrible para ella vivir solitaria en este yermo, ¿y de qué viviría? Sería lo mismo que condenarla a morir de hambre.»

Pero la anciana se acercó al hombre y a la mujer y los examinó con atención. «¿Por qué habláis así?», preguntó. «¿Por qué me mostráis misericordia? Vosotros sois, sin embargo, unos extraños.»

Entonces la joven mujer le respondió: «Por esto: porque una vez, también a nosotros nos fue otorgada una gran misericordia.»

2

Así fue como la anciana se quedó a vivir en la choza del viñador, y llegó a tomarles un gran afecto a los jóvenes. Pero, aun así, nunca les dijo de dónde venía ni quién era, y ellos comprendieron que no habría aceptado de buen grado que le hubieran preguntado por ello.

Sin embargo, una tarde, cuando terminadas las faenas se hallaban los tres sentados en la ancha y plana losa de piedra que había ante la entrada, cenando, divisaron a un anciano que ascendía por el sendero.

Era un hombre alto, de complexión robusta y hombros tan anchos como los de un luchador. Su rostro tenía una expresión sombría y áspera. La frente se proyectaba sobre los ojos hundidos, y las líneas de la boca denotaban amargura y desdén. Caminaba erguido y con movimientos rápidos. Vestía una túnica sencilla, y el viñador, en cuanto lo vio, pensó: "Este es un viejo legionario, de esos que se han licenciado del servicio y ahora están de vuelta a su tierra".

Cuando el forastero llegó adonde ellos estaban comiendo, se detuvo indeciso. El trabajador, que sabía que el camino terminaba un poco más arriba de la choza, dejó la cuchara y le gritó:

—¿Te has perdido, forastero, para venir a esta choza? Nadie suele tomarse la molestia de subir hasta aquí, a menos que tenga algún recado para alguno de los que vivimos en ella.

Mientras así preguntaba, el forastero se acercó.

—Sí, es como dices —respondió—, he perdido el camino y ahora no sé hacia dónde dirigir mis pasos. Si me dejas descansar aquí un rato y luego me indicas qué camino debo seguir para llegar a mi finca, te lo agradeceré.

Dicho esto, se sentó en una de las piedras que había delante de la choza. La joven le preguntó si quería compartir la cena con ellos, pero él lo rechazó con una sonrisa. En cambio, se mostró muy dispuesto a charlar con ellos mientras comían.

Preguntó a los jóvenes por su modo de vida y su trabajo, y ellos le respondieron con alegría y sin reservas.

Pero de pronto el trabajador se dirigió al forastero y comenzó a interrogarlo:

—Ya ves lo apartados y solitarios que vivimos —dijo—. Habrá pasado ya un año desde la última vez que hablé con alguien que no fuera pastor o viñador. Tú, que vienes sin duda de algún campamento, ¿no podrías contarnos algo de Roma y del emperador?

Apenas hubo dicho esto, la joven notó cómo la anciana le lanzaba una mirada de advertencia y hacía con la mano una señal que significaba que debían tener cuidado con lo que decían.

El forastero respondió, sin embargo, con toda amabilidad:

—Ya veo que me tomas por un legionario, y no andas del todo descaminado, aunque hace mucho que dejé el servicio. Bajo el reinado de Tiberio, los soldados no hemos tenido mucho trabajo. Y eso que él fue un gran general. Ese fue el tiempo de su gloria. Ahora no piensa en otra cosa que en protegerse de conspiraciones. En Roma todo el mundo habla de que la semana pasada, por la más leve sospecha, hizo apresar y ejecutar al senador Tito.

—¡Pobre emperador, ya no sabe lo que hace! —exclamó la joven, y juntó las manos y movió la cabeza con pesar y asombro.

—Tienes razón —dijo el forastero, mientras un rastro de profunda lobreguez cruzaba su rostro—. Tiberio sabe que todos le odian, y eso le está volviendo loco.

—¿Qué dices? —replicó la mujer—. ¿Por qué habríamos de odiarle? Solo lamentamos que ya no sea un emperador tan grande como al principio de su reinado.

—Te equivocas —dijo el forastero—. Todos los hombres desprecian y odian a Tiberio. ¿Por qué no habrían de hacerlo? No es más que un tirano cruel y despiadado. Y en Roma se cree que en el futuro será aún peor de lo que ha sido hasta ahora.

—¿Es que ha ocurrido algo que pueda convertirlo en un monstruo aún más terrible de lo que ya es? —preguntó el hombre.

Mientras decía esto, la mujer notó que la anciana le hacía otra señal de advertencia, pero tan furtiva que él no pudo verla.

El forastero respondió amablemente, pero al mismo tiempo un extraño esbozo de sonrisa se deslizó por sus labios.

—Quizá hayas oído que Tiberio, hasta ahora, tenía a su alrededor un amigo en quien podía confiar y que siempre le decía la verdad. Todos los demás que viven en su corte son aventureros y aduladores que alaban sus malas y arteras acciones tanto como las buenas y excelentes. Pero, como digo, ha habido un ser que nunca temió hacerle saber lo que valían sus actos. Esta persona, más valiente que senadores y generales, era su vieja nodriza, Faustina.

—¡Ah, sí! He oído hablar de ella —dijo el trabajador—. Me dijeron que el emperador siempre le había mostrado gran afecto.

—Sí, Tiberio supo apreciar su entrega y lealtad. Trató a esa pobre campesina, que un día salió de una miserable choza en los montes Sabinos, como a una segunda madre. Mientras él residió en Roma, la alojó en una casa en el Palatino para tenerla siempre cerca. Ninguna de las nobles matronas romanas la superó en bienestar. La paseaban en litera por las calles y vestía como una emperatriz. Cuando el emperador se trasladó a Capri, ella hubo de acompañarle, y allí le compró una casa de campo llena de esclavos y valiosos enseres.

—Verdaderamente, ella lo ha pasado bien —dijo el hombre. Era él quien ahora sostenía la conversación con el forastero. La mujer permanecía callada y observaba con asombro la transformación que se había operado en la anciana. Desde la llegada del forastero, no había pronunciado palabra. Había perdido por completo su carácter afable y bondadoso. Había apartado el plato y estaba ahora rígida y erguida, apoyada en el quicio de la puerta, mirando al frente con el rostro petrificado.

—Ha sido voluntad del emperador que ella disfrutara de una vida feliz —dijo el forastero—. Pero a pesar de todos sus beneficios, ahora también ella lo ha abandonado.

Al oír estas palabras, la anciana se estremeció, pero la joven le puso una mano tranquilizadora en el brazo. Luego, empezó a hablar con su voz cálida y apacible.

—No puedo creer que la vieja Faustina fuera tan feliz en la corte como dices —dijo, dirigiéndose al forastero—. Estoy segura de que amaba a Tiberio como si fuera su propio hijo. Me imagino lo orgullosa que estaría de su noble juventud, y también comprendo qué pena debió de ser para ella

que, en su vejez, se entregara a la desconfianza y la crueldad. Seguro que cada día le amonestaba y le advertía. Debió de ser terrible para ella rogar siempre en vano. Ya no pudo soportar verle hundirse cada vez más.

El forastero se inclinó un poco hacia delante, sorprendido al oír estas palabras. Pero la joven no alzó la vista hacia él. Mantenía los ojos bajos y hablaba muy quedo y con humildad.

—Quizá tengas razón en lo que dices de la anciana —respondió él—. Faustina no fue feliz en la corte, ciertamente. Pero parece extraño que abandonara al emperador en su vejez, después de haber permanecido a su lado toda una vida.

—¿Qué dices? —exclamó el hombre—. ¿La vieja Faustina ha abandonado al emperador?

—Se escapó de Capri sin que nadie lo supiera —dijo el forastero—. Se fue tan pobre como vino. No se llevó nada de todos sus tesoros.

—¿Y el emperador no sabe adónde ha ido? —preguntó la joven con su voz apacible.

—No, nadie sabe con certeza qué camino tomó la anciana. Pero se cree probable que haya buscado refugio en sus montañas natales.

—¿Y el emperador tampoco sabe por qué se ha ido? —preguntó la joven.

—No, el emperador no lo sabe. No puede creer que ella lo haya dejado porque una vez él le dijera que le servía por recompensa y dádivas, como todos los demás. Ella sabe bien que él nunca dudó de su desinterés. Él todavía espera que ella regrese voluntariamente, pues nadie mejor que ella sabe que ahora está completamente solo.

—Yo no la conozco —dijo la joven—, pero creo que puedo decirte por qué ha dejado al emperador. Esta anciana fue educada en la sencillez y la piedad aquí, en estas montañas, y siempre ha añorado volver. Seguro que nunca habría dejado al emperador si él no la hubiera ofendido. Pero comprendo que ahora, al sentir que los días de su vida están a punto de terminar, haya creído tener derecho a pensar en sí misma. Si yo fuera una pobre mujer de los montes, seguramente habría actuado como ella. Habría pensado que ya había hecho bastante sirviendo a mi señor toda una vida. Al final, me habría apartado de la buena vida y del favor del emperador para dejar que mi alma saboreara el honor y la justicia, antes de que se separe de mí para emprender el largo viaje.

El forastero miró a la joven con tristeza y melancolía.

—No consideras que la conducta del emperador será ahora más terrible que nunca. Ya no hay quien pueda calmarlo cuando la desconfianza y el desprecio por los hombres se apoderen de él. Imagina esto —prosiguió, clavando sus sombríos ojos en los de la joven—: en el mundo entero no hay ya nadie a quien él no odie, nadie a quien no desprecie, nadie.

Al decir estas palabras con amarga desesperación, la anciana hizo un movimiento brusco y se volvió hacia él, pero la joven le sostuvo la mirada y respondió:

—Tiberio sabe que Faustina volverá a su lado siempre que él lo desee. Pero primero debe saber que sus viejos ojos no tendrán que contemplar más el vicio y la infamia en su corte.

Al oír estas palabras, todos se habían levantado, pero el viñador y su mujer se pusieron delante de la anciana, como para protegerla.

El forastero no dijo una palabra más, pero contempló a la anciana con mirada interrogante. "¿Es esa también tu última palabra?", parecía querer decir. Los labios de la anciana temblaron, y las palabras no acertaban a salir de ellos.

—Si el emperador ha amado a su vieja servidora, que le conceda también el descanso de sus últimos días —dijo la joven.

El forastero aún dudaba, pero de repente su sombrío rostro se iluminó.

—Amigos míos —dijo—, dígame lo que se diga de Tiberio, hay algo que él ha aprendido mejor que otros, y es a renunciar. Solo me resta decirles una cosa: si esta anciana de la que hemos hablado llegara a visitar esta choza, ¡acógela bien! El favor del emperador recaerá sobre todo aquel que la ayude.

Se envolvió en su manto y se alejó por el mismo camino por donde había venido.

3

Después de este suceso, el viñador y su mujer no volvieron a hablar jamás con la anciana sobre el emperador. Mientras tanto, se preguntaban cómo había tenido ella, a su avanzada edad, la fuerza para renunciar a toda aquella riqueza y poder a los que estaba acostumbrada. "¿No volverá pronto junto a Tiberio?", se cuestionaban. "Seguro que aún lo ama. Lo ha abandonado con la esperanza de que eso lo haga entrar en razón y lo mueva a apartarse de su mal proceder".

"Un hombre tan viejo como el emperador no va a empezar una vida nueva", dijo el trabajador. "¿Cómo vas a quitarle ese gran desprecio que siente por los hombres? ¿Quién podría presentarse ante él y enseñarle a amarlos? Hasta que eso ocurra, no podrá sanar de su desconfianza y su crueldad".

"Tú sabes que hay Alguien que realmente podría hacerlo", dijo la mujer. "A menudo pienso en cómo sería si esos dos se encontraran. Pero los caminos de Dios no son nuestros caminos".

La anciana no parecía echar de menos en absoluto su vida anterior. Al cabo de un tiempo, la joven dio a luz un niño, y cuando la anciana se ocupó de cuidarlo, parecía tan satisfecha que se hubiera dicho que había olvidado todas sus penas.

Cada seis meses solía envolverse en su largo manto gris y bajar caminando hasta Roma. Pero allí no buscaba a nadie, sino que se dirigía directamente al Foro. Allí se detenía ante un pequeño templo que se alzaba a un lado de la magnífica plaza. Este templo consistía en realidad solo en un altar extraordinariamente grande, situado a cielo abierto en un patio pavimentado de mármol. En lo alto del altar tronaba Fortuna, la diosa de la suerte, y a sus pies se veía una estatua de Tiberio. Alrededor del patio se alzaban edificios para los sacerdotes, almacenes de leña y establos para las víctimas de los sacrificios.

El camino de la anciana Faustina nunca iba más allá de este templo, al que solían acudir quienes querían rogar por la felicidad de Tiberio. Cuando echaba un vistazo al interior y veía que la diosa y la estatua del emperador estaban engalanadas con flores, que el fuego del sacrificio ardía y multitudes de devotos se reunían ante el altar, y cuando oía que los suaves himnos de los sacerdotes resonaban por doquier, entonces regresaba y volvía a las montañas. Así sabía, sin necesidad de preguntar a nadie, que Tiberio aún vivía y que gozaba de buena salud.

Cuando emprendió este camino por tercera vez, le aguardaba una sorpresa. Al acercarse al pequeño templo, lo encontró desierto y vacío. No ardía fuego alguno ante la imagen, y no se veía ni un solo devoto. Unas cuantas coronas secas colgaban aún de un lado del altar, pero eso era todo lo que quedaba de su antiguo esplendor. Los sacerdotes habían desaparecido, y la estatua del emperador, que estaba sin guarda, aparecía dañada y manchada de lodo.

La anciana se dirigió al primer transeúnte que pasó.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Ha muerto Tiberio? ¿Tenemos ya otro emperador?

—No —respondió el romano—, Tiberio sigue siendo emperador, pero hemos dejado de rezar por él. Nuestras oraciones ya no pueden aprovecharle.

—Amigo mío —dijo la anciana—, yo vivo lejos de aquí, en las montañas, donde no se sabe nada del mundo exterior. ¿Quiere usted decirme qué desgracia le ha sobrevenido al emperador?

—La más terrible de las desgracias —respondió el hombre—. Ha sido atacado por una enfermedad hasta ahora desconocida en Italia, pero que al parecer es frecuente en Oriente. Desde que este mal se ha apoderado del emperador, su rostro se ha transfigurado, su voz es como la de un animal que gruñe, y sus dedos de los pies y de las manos se le están ulcerando; contra esta enfermedad no hay remedio. Se cree que morirá en unas semanas; pero si no muere, habrá que deponerlo, porque un hombre tan enfermo y miserable no puede seguir gobernando. Así que comprenderá usted que su destino está sellado. De nada sirve suplicar a los dioses por su felicidad. Y tampoco merece la pena —añadió con una leve sonrisa—. Ya nadie tiene nada que temer ni que esperar de él. ¿Por qué habríamos, pues, de molestarnos por su causa?

Saludó y se fue, pero la anciana permaneció allí como aturdida.

Por primera vez en su vida, se derrumbó y parecía alguien a quien la edad ha vencido. Permaneció allí, con la espalda encorvada y la cabeza temblorosa, y con las manos que tanteaban sin fuerza en el aire. Ansiaba alejarse de aquel lugar, pero levantaba los pies lentamente y avanzaba a trompicones. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera servirle de bastón.

Al cabo de unos instantes, logró, sin embargo, con un enorme esfuerzo de voluntad, reprimir el abatimiento. Se irguió de nuevo y se obligó a caminar con paso firme por las calles llenas de gente.

4

Una semana después, la anciana Faustina ascendía por las escarpadas laderas de la isla de Capri. Era un día caluroso, y la terrible sensación de la vejez y el agotamiento la invadió de nuevo mientras subía los escalones tallados en la roca que conducían a la villa de Tiberio.

Esta sensación se intensificó aún más cuando empezó a notar cuánto había cambiado todo durante el tiempo que había estado ausente. Antes, multitudes de personas subían y bajaban estas escaleras sin cesar. Bullían aquí senadores que se hacían transportar por enormes libios; enviados de las provincias que llegaban precedidos de largas hileras de esclavos; pretendientes a cargos y hombres ilustres invitados a participar en las fiestas del emperador. Pero hoy, estas escaleras y pasillos estaban totalmente desiertos. Los lagartos verde-grisáceos eran los únicos seres vivos que la anciana advertía en su camino.

Se asombró de que todo pareciera ya estar en ruinas. La enfermedad del emperador no podía haber durado más que unos meses, y sin embargo, ya habían brotado malas hierbas en las juntas entre los mármoles. Plantas nobles en hermosos jarrones se habían secado ya, y destructores desaprensivos, a los que nadie había puesto freno, habían derribado la balaustrada en algunos puntos.

Pero lo más extraño de todo le parecía la absoluta ausencia de gente. Aunque estuviera prohibido a los extranjeros dejarse ver en la isla, sin duda tenían que estar aún allí esas interminables multitudes de soldados y esclavos, de bailarinas y músicos, de cocineros y reposteros, de guardias de palacio y jardineros, que pertenecían a la casa del emperador.

Solo cuando Faustina alcanzó la terraza más alta, divisó a unos cuantos viejos esclavos sentados en los escalones frente a la villa. Cuando ella se acercó, se levantaron y se inclinaron ante ella.

—¡Salve, Faustina! —dijo uno de ellos—. Un dios te envía para aliviar nuestra desgracia.

—¿Qué es esto, Milón? —preguntó Faustina—. ¿Por qué está todo tan desierto? Sin embargo, me habían dicho que Tiberio aún permanecía en Capri.

—El emperador ha expulsado a todos sus esclavos porque sospecha que uno de nosotros le dio a beber vino envenenado, y que eso provocó la enfermedad. También nos habría echado a mí y a Tito si no nos hubiéramos negado a obedecerle. Y tú bien sabes que hemos servido toda nuestra vida al emperador y a su madre.

—No pregunto solo por los esclavos —dijo Faustina—. ¿Dónde están los senadores y los generales? ¿Dónde están los confidentes del emperador y todos esos aduladores zalameros?

—Tiberius ya no quiere mostrarse ante extraños —dijo el esclavo—. El senador Lucio y Marco, el jefe de la guardia personal, vienen cada día a recibir sus órdenes. Fuera de eso, nadie puede acercarse a él.

Faustina había subido la escalera para entrar en la casa de campo. El esclavo la precedió, y mientras caminaban, ella le preguntó:

—¿Qué dicen los médicos sobre la enfermedad del emperador?

—Ninguno de ellos sabe tratar esta enfermedad. Ni siquiera saben si mata rápida o lentamente. Pero una cosa puedo decirte, Faustina: Tiberio morirá si se niega a tomar alimentos por miedo a que estén envenenados. Y sé que un hombre enfermo no puede soportar velar día y noche, como hace el emperador, por temor a ser asesinado mientras duerme. Si él quiere confiar en ti como en los viejos tiempos, quizá logres convencerle para que coma y duerma. Así podrías prolongar su vida muchos días.

El esclavo condujo a Faustina a través de varios corredores y patios hasta una terraza en la que Tiberio solía permanecer para disfrutar de la vista sobre las bellas bahías y el imponente Vesubio.

Cuando Faustina entró en la terraza, vio allí a un ser horrendo, de rostro hinchado y rasgos bestiales. Sus manos y pies estaban vendados con blancas ligaduras, pero de entre las vendas asomaban dedos medio carcomidos. Y las vestiduras de aquel hombre estaban polvorientas y manchadas. Se veía que no podía andar erguido, sino que había tenido que gatear por la terraza. Yacía con los ojos cerrados en el extremo más alejado de la balaustrada y no se movió cuando el esclavo y Faustina se acercaron.

Pero Faustina susurró al esclavo que la precedía:

—Pero, Milón, ¿cómo puede un hombre así permanecer en la escalinata del emperador? ¡Date prisa, quítalo de aquí!

Mas apenas hubo dicho esto, cuando vio cómo el esclavo se inclinaba profundamente ante el yacente y miserable hombre.

—César Tiberio —dijo—, por fin tengo una buena noticia que darte.

Al mismo tiempo, el esclavo se volvió hacia Faustina, pero retrocedió consternado y no pudo articular palabra.

Ya no veía a la matrona altiva, que parecía tan fuerte que cabía esperar que su edad igualara a la de una sibila. En ese instante, ella se había derrumbado en una impotente senilidad, y el esclavo vio ante sí a una viejecita encorvada, de mirada turbia y manos temblorosas.

Porque, ciertamente, le habían dicho a Faustina que el emperador estaba terriblemente cambiado, pero ella no había dejado ni un instante de imaginárselo como el hombre vigoroso que era la última vez que lo vio. También había oído decir que esta enfermedad actuaba lentamente y que necesitaba años para transformar a una persona. Pero aquí había avanzado con tal violencia que en pocos meses había vuelto al emperador irreconocible.

Ella se tambaleó hacia el emperador. No podía hablar, sino que permaneció muda a su lado y lloró.

—¿Has llegado por fin, Faustina? —dijo él, sin abrir los ojos—. Yacía aquí y creía que estabas de pie a mi lado llorando por mí. No me atrevo a levantar la vista por miedo a que esto no haya sido más que una ilusión.

Entonces la anciana se sentó a su lado. Levantó su cabeza y la reclinó en su regazo.

Pero Tiberio permaneció inmóvil, sin mirarla. Un sentimiento de dulce paz lo invadió, y al instante siguiente se hundió en un sueño apacible.

5

Algunas semanas después, uno de los esclavos del emperador caminaba hacia la solitaria choza en los montes Sabinos. Caía la tarde, y el viñador y su mujer estaban en la puerta viendo ponerse el sol en el lejano oeste. El esclavo se desvió del camino, se acercó y los saludó. Luego sacó una pesada bolsa y la puso en la mano del hombre.

—Esto te envía Faustina, la anciana a la que mostraste misericordia —dijo el esclavo—. Te manda decir que con este dinero te compres un viñedo propio y te construyas una vivienda que no esté tan alta en el aire como los nidos de las águilas.

—¿Así que la anciana Faustina vive todavía? —dijo el hombre—. La hemos buscado en barrancos y pantanos. Cuando no volvió con nosotros, creí que habría encontrado la muerte en estas miserables montañas.

—¿No recuerdas —intervino la mujer— que yo no quería creer que hubiera muerto? ¿No te dije que habría vuelto junto al emperador?

—Sí —admitió el hombre—, eso dijiste, en efecto, y me alegro de que hayas tenido razón, no solo porque Faustina se haya hecho lo bastante rica para sacarnos de nuestra pobreza, sino también por el pobre emperador.

El esclavo quiso despedirse enseguida para alcanzar lugares habitados antes de que anoheciera, pero los esposos no lo permitieron.

—Tienes que quedarte con nosotros hasta la mañana —dijeron—, no podemos dejarte marchar sin que nos hayas contado todo lo que le ha sucedido a Faustina. ¿Por qué volvió junto al emperador? ¿Cómo fue su encuentro? ¿Son ahora felices por estar de nuevo unidos?

El esclavo accedió a sus ruegos. Entró con ellos en la choza, y durante la cena contó la enfermedad del emperador y el regreso de Faustina.

Cuando el esclavo terminó su relato, vio que el hombre y la mujer permanecían sentados, inmóviles y asombrados. Tenían la mirada baja, como para no delatar la emoción que se había apoderado de ellos.

Por fin, el hombre alzó la vista y dijo a su mujer:

—¿No crees que esto es una disposición de Dios?

—Sí —dijo la mujer—, ciertamente el Señor nos ha enviado a través del mar a esta choza por su causa. Seguro que esa fue su intención cuando condujo a la anciana hasta nuestra puerta.

En cuanto la mujer hubo dicho estas palabras, el viñador se volvió de nuevo al esclavo.

—Amigo —le dijo—, debes llevar un mensaje de mi parte a Faustina. Dile esto, palabra por palabra: "Esto te anuncia tu amigo, el viñador de los montes Sabinos. Has visto a la joven que es mi mujer. ¿No te pareció hermosa y floreciente de salud? Pues esta joven padeció una vez la misma enfermedad que ahora ha atacado a Tiberio".

El esclavo hizo un gesto de asombro, pero el viñador prosiguió con creciente énfasis.

—Si Faustina se niega a dar crédito a mis palabras, dile que mi mujer y yo somos de Palestina, en Asia, un país donde esta enfermedad es frecuente. Y allí hay una ley que ordena que los leprosos sean expulsados de ciudades y aldeas, y que vivan en lugares desolados y busquen refugio en sepulcros y cuevas. Dile a Faustina que mi mujer nació de padres enfermos en una cueva. Y mientras fue niña, estuvo sana, pero al llegar a doncella, la enfermedad se apoderó de ella.

Cuando el viñador hubo dicho esto, el esclavo inclinó la cabeza con una sonrisa amable y le dijo:

—¿Cómo quieres que Faustina se lo crea? ¡Ella ha visto a tu mujer sana y floreciente! Y sabe que no hay cura para esta enfermedad.

Pero el hombre replicó:

—Sería lo mejor para ella que quisiera creerme. Pero tampoco estoy sin testigos. Que envíe pesquisidores a Nazaret, en Galilea. Allí cualquiera confirmará mis palabras.

—¿Acaso tu mujer ha sido curada por el prodigio de algún dios? —preguntó el esclavo.

—Sí —respondió el trabajador—, tal como dices, así es. Un día se difundió un rumor entre los enfermos que habitaban en el yermo: "Mirad, ha surgido un gran profeta en la ciudad de Nazaret de Galilea. Está lleno del poder del espíritu de Dios, y puede curar vuestra enfermedad con solo poner su mano sobre vuestra frente". Pero los enfermos, sumidos en su miseria, no querían creer que ese rumor fuera verdad. "Nadie puede sanarnos —decían—. Desde los días del gran profeta Elías, nadie ha podido librarnos de nuestra desgracia".

Pero entre ellos había una que creyó, y esa era una doncella. Se apartó de los demás para buscar el camino a la ciudad de Nazaret, donde estaba el profeta. Y un día, mientras caminaba por extensas llanuras, se encontró con un hombre de elevada estatura, pálido rostro y brillantes rizos negros. Sus oscuros ojos resplandecían como estrellas y la atraían hacia sí. Pero antes de que se encontraran, ella le gritó: "¡No te acerques a mí, porque soy impura, pero dime dónde puedo hallar al profeta de Nazaret!". Pero el hombre siguió avanzando hacia ella, y cuando estuvo cerca, le dijo: "¿Por qué buscas al profeta de Nazaret?". —"Lo busco para que ponga su mano sobre mi frente y me cure de mi enfermedad". Entonces el hombre se acercó y puso su mano sobre la frente de ella. Pero ella le dijo: "¿De qué me sirve que pongas tu mano sobre mi frente? Tú no eres un profeta". Él le sonrió y dijo: "Ve ahora a la ciudad que está en la ladera de la montaña y preséntate a los sacerdotes".

La enferma pensó para sí: "Se burla de mí porque creo que puedo ser curada. De él no voy a saber lo que quiero". Y siguió su camino. Poco después vio a un hombre que salía de caza, cruzando a caballo el ancho campo. Cuando estuvo lo bastante cerca para que él la oyera, le

gritó: "¡No te acerques a mí, porque soy impura, pero dime dónde puedo encontrar al profeta de Nazaret!". —"¿Qué quieres del profeta?" —le preguntó el hombre, acercándose lentamente a caballo—. "Solo quiero que ponga su mano sobre mi frente y me sane de mi enfermedad". Pero el hombre se acercó aún más. —"¿De qué enfermedad quieres ser curada? —preguntó—. No necesitas médico alguno". —"¿No ves que soy impura? —dijo ella—. Vengo de padres enfermos y nací en una cueva". Pero el hombre no se detuvo, sino que siguió acercándose a caballo, porque ella era hermosa y encantadora como una flor recién abierta. "Eres la doncella más bella de la tierra de Judá", exclamó. —"No te burles también de mí —dijo ella—. Sé que mis facciones están ulceradas y mi voz suena como el aullido de una fiera". Pero él la miró profundamente a los ojos y le dijo: "Tu voz es sonora como el murmullo del arroyo primaveral cuando fluye sobre los guijarros, y tu rostro es liso como un paño de suave seda". Al mismo tiempo, acercó tanto su caballo que ella pudo ver su rostro reflejado en los brillantes adornos que embellecían la silla. "Mírate aquí", dijo. Ella lo hizo, y vio un rostro tan delicado y suave como el ala de una mariposa. —"¿Qué es esto que veo? —dijo—. Este no es mi rostro". —"Sí, es tu rostro", dijo el jinete. —"Pero mi voz, ¿no suena ronca? ¿No suena como si arrastraran carros por un camino pedregoso?" —"No, suena como las más dulces melodías de un arpista", dijo el jinete.

Ella se volvió y señaló el camino. "¿Sabes quién es el hombre que acaba de desaparecer entre las dos encinas?", preguntó al jinete. "Es aquel a quien buscabas, el profeta de Nazaret", dijo el hombre. Entonces ella juntó las manos asombrada, y sus ojos se llenaron de lágrimas. "¡Oh, santo varón! ¡Oh, portador del poder de Dios!", exclamó. "¡Me has curado!".

Pero el jinete la subió a la silla y la llevó a la ciudad en la ladera de la montaña, y entró con ella donde los ancianos y sacerdotes y les contó cómo la había encontrado. Le preguntaron minuciosamente sobre todo.

Pero cuando oyeron que la doncella había nacido en el yermo de padres enfermos, no quisieron creer que estuviera curada. "Vuelve a donde viniste —le dijeron—. Si estabas enferma, debes seguir siéndolo toda la vida. ¡No vengas a la ciudad a contagiarnos tu enfermedad a los demás!" Ella les dijo: "Sé que estoy sana, porque el profeta de Nazaret puso su mano sobre mi frente".

Al oír esto, exclamaron: "¿Quién es él para poder purificar a los impuros? Todo esto es un engaño de los malos espíritus. Vuelve con los tuyos, ¡no sea que nos arrastres a todos a la perdición!". No quisieron declararla curada y le prohibieron permanecer en la ciudad. Decretaron que cualquiera que le diera cobijo fuera declarado también impuro.

Cuando los sacerdotes hubieron dictado esta sentencia, la joven doncella dijo al hombre que la había encontrado en el campo: "¿Adónde debo ir? ¿Tengo que volver al yermo con los enfermos?" Pero el hombre la subió de nuevo a su caballo y le dijo: "No, ciertamente no irás con los enfermos a su cueva, sino que ambos nos iremos, cruzaremos el mar hacia otra tierra donde no haya leyes para puros e impuros". Y ella...

Pero cuando el viñador había llegado a este punto de su relato, el esclavo se levantó y le interrumpió.

—No necesitas contarme más —dijo—. Será mejor que te levantes y me acompañes un trecho del camino, tú que conoces las montañas, para que pueda iniciar mi viaje de regreso esta misma noche y no tenga que esperar hasta la mañana. El emperador y Faustina no pueden recibir tus noticias ni un momento antes de tiempo.

Cuando el viñador hubo acompañado al esclavo y regresó a la choza, encontró a su mujer aún despierta.

—No puedo dormir —dijo ella—. Pienso que esos dos se van a encontrar. Él, que ama a todos los hombres, y él, que los odia. Es como si ese encuentro tuviera que sacar al mundo de su órbita.

6

La anciana Faustina se hallaba en la lejana Palestina, de camino a Jerusalén. No había querido que el encargo de buscar al profeta y conducirlo ante el emperador fuera confiado a otro que no fuera ella. Seguramente pensó para sus adentros: "Lo que pedimos a ese hombre extranjero no es algo que podamos arrancarle ni por la fuerza ni con dádivas. Pero quizá nos lo conceda si alguien se postra a sus pies y le dice en qué necesidad se encuentra el emperador. ¿Y quién puede interceder por Tiberio mejor que aquella que sufre su desgracia tan hondamente como él mismo?".

La esperanza de poder salvar quizá a Tiberio había rejuvenecido a la anciana. Sin dificultad había soportado la larga travesía marítima hasta Jope, y en el viaje a Jerusalén no se sirvió de un asno de carga, sino que cabalgaba. Parecía soportar el penoso viaje con tanta facilidad como los nobles romanos, los soldados y los esclavos que formaban su séquito.

Este viaje de Jope a Jerusalén henchía el corazón de la anciana de alegría y de luminosa esperanza. Era tiempo de primavera, y la llanura de Sarón, que atravesaron durante la primera jornada, había sido una sola y resplandeciente alfombra de flores. También en el viaje del segundo día, al internarse en los montes de Judea, no los abandonaron las flores. Todas las colinas de formas diversas entre las que serpenteaba el camino estaban plantadas de árboles frutales en plena floración. Y cuando los viajeros se cansaban de contemplar las blancas y rosadas flores de albaricoqueros y melocotoneros, podían recrear la vista posándola en la joven hojarasca de las vides que brotaba de los sarmientos negruzcos y cuyo crecimiento era tan rápido que se creía poder seguirlo con la mirada.

Pero no solo las flores y el verdor primaveral hacían amable la caminata. El mayor encanto se lo conferían todas aquellas multitudes que aquella mañana iban de camino a Jerusalén. De todos los senderos y veredas, de las alturas solitarias y de los más remotos rincones de la llanura, acudían caminantes. Cuando alcanzaban la carretera de Jerusalén, los viajeros solitarios se unían en grandes grupos y avanzaban entre alegres júbilos. Alrededor de un anciano que cabalgaba sobre un camello balanceante, iban sus hijos e hijas, sus yernos y nueras y todos sus nietos. Era una progenie tan numerosa que formaba todo un pequeño ejército. Una anciana

madre, demasiado débil para andar, era llevada en brazos por sus hijos, que la paseaban orgullosos entre las multitudes que se apartaban respetuosamente a su paso.

Era, en verdad, una mañana capaz de llenar de alegría incluso al más entristecido. El cielo no estaba despejado, sino cubierto por una fina capa de nubes blanquecinas, pero a ningún caminante se le ocurría quejarse de que el duro resplandor del sol estuviera tamizado. Bajo este cielo velado, las fragancias de los árboles en flor y de la hojarasca no se disipaban tan rápidamente como de costumbre en el espacio abierto, sino que permanecían sobre caminos y campos. Y este hermoso día, que con su luz tenue y sus vientos en calma recordaba la quietud y la paz de la noche, parecía comunicar algo de su esencia a todas aquellas apresuradas multitudes, de modo que avanzaban alegres pero reverentes, entonando con voz queda antiquísimos himnos o tocando extraños y arcaicos instrumentos de los que surgían sonidos semejantes al zumbido de los mosquitos o al cricrí de los grillos.

Mientras la anciana Faustina cabalgaba entre toda aquella gente, se dejó arrastrar también por su entusiasmo y su alegría. Espoleaba su caballo para mayor rapidez mientras decía a un joven romano que cabalgaba a su lado:

—Soñé anoche que veía a Tiberio y que me rogaba que no aplazara el viaje, sino que fuera precisamente hoy a Jerusalén. Me parece que los dioses quisieron enviarme un aviso para que no dejara de caminar esta mañana.

Cuando dijo estas palabras, acababan de alcanzar la cima más alta de una larga cadena montañosa, y allí se detuvo involuntariamente. Ante ellos se extendía una gran hondonada profunda, rodeada de hermosas alturas, y de la oscura y sombría profundidad de aquel valle se alzaba la mole pétreo que sostenía en su cima la ciudad de Jerusalén.

Pero la pequeña ciudad montañosa, que con sus murallas y torres yacía como una joya enjovellada sobre la plana cima de la roca, aparecía aquel día mil veces agrandada. Todas las alturas que circundaban el valle estaban cubiertas de abigarradas tiendas y de un hervidero de gentes.

Faustina comprendió que toda la población del país se congregaba en Jerusalén para celebrar alguna gran fiesta. Los que vivían más lejos habían llegado ya y habían levantado sus tiendas. Los que habitaban en las cercanías de la ciudad estaban aún llegando. Por todas las luminosas alturas se les veía venir, como un ininterrumpido torrente de blancas vestiduras, cantos y alegría festiva.

La anciana contempló largo rato aquellas masas humanas que afluían y las largas hileras de tiendas. Luego dijo al joven romano que cabalgaba a su lado:

—En verdad, Sulpicio, todo el pueblo debe de haber venido a Jerusalén.

—Así es, en efecto —respondió el romano, a quien Tiberio había designado para acompañar a Faustina por haber vivido varios años en Judea—. Celebran ahora la gran fiesta de primavera, y entonces acude toda la gente, jóvenes y viejos, a Jerusalén.

Faustina reflexionó un instante.

—Me alegro de haber llegado a esta ciudad el día en que el pueblo celebra su fiesta —dijo—. Esto no puede significar otra cosa sino que los dioses protegen nuestro viaje. ¿No crees probable que él, el profeta de Nazaret, haya venido también a participar en la fiesta?

—Tienes toda la razón, Faustina —dijo el romano—. Seguramente está aquí en Jerusalén. Esto es, en verdad, una disposición de los dioses. Por muy fuerte y vigorosa que seas, puedes darte por dichosa si no tienes que hacer el largo y penoso viaje hasta Galilea.

Al punto se acercó a unos caminantes que pasaban y les preguntó si creían que el profeta de Nazaret se hallaba en Jerusalén.

—Le hemos visto todos los años por esta época —respondió uno de los caminantes—. Seguro que también este año ha venido, porque es un hombre piadoso y justo.

Una mujer extendió la mano y señaló una altura al este de la ciudad.

—¿Ves esa ladera cubierta de olivos? —dijo—. Allí suelen acampar los galileos, y allí obtendrás las noticias más seguras sobre el que buscas.

Siguieron adelante, descendieron por un sendero tortuoso hasta el fondo del valle y luego comenzaron a ascender a caballo el monte Sión para alcanzar la ciudad en su cima.

El empinado camino estaba bordeado aquí de bajos muros, sobre los que se sentaba y yacía una innumerable multitud de mendigos y lisiados que imploraban la misericordia de los viajeros. Durante el lento ascenso, una de las mujeres judías se acercó a Faustina.

—Mira allí —dijo, señalando a un mendigo sentado en el muro—, es un galileo. Recuerdo haberlo visto entre los discípulos del profeta. Él puede decirte dónde encontrar al que buscas.

Faustina se acercó con Sulpicio al hombre que le habían señalado. Era un pobre anciano de larga barba entrecana. Su rostro estaba curtido por el calor y el sol, y sus manos eran callosas por el trabajo. No pedía limosna, sino que, por el contrario, parecía tan sumido en pensamientos de aflicción que ni siquiera alzaba la vista hacia los transeúntes. No prestó atención a los que se detenían junto a él.

—Buen hombre —le dijo Sulpicio—, ¿quieres decirnos dónde podemos encontrar a tu maestro, el profeta de Nazaret?

Pero el hombre no respondió. Sulpicio repitió la pregunta, pero el hombre siguió sin responder y se estremeció como si sintiera frío.

—Debes hablar —dijo Sulpicio—. Esta anciana ha hecho un largo viaje desde Roma para encontrar a tu maestro y llevarlo ante el lecho del emperador, que está gravemente enfermo.

Al oír estas palabras, el hombre levantó la vista y los miró. Pero en lugar de responder, rompió a llorar amargamente y escondió el rostro entre las manos.

Faustina, compadecida, desmontó del caballo y se sentó junto a él en el suelo. Estaba pobremente vestido y, además, manchado de polvo y tierra. Incluso se había cubierto de tanto polvo que parecía querer ocultarse para ser más fácilmente pisoteado o pasado por alto.

—¿Qué es esto? ¿Por qué yace este hombre en el camino? —preguntó Faustina.

En ese mismo instante, el que yacía comenzó a gritar a los transeúntes:

—¡Por vuestra misericordia, hermanos y hermanas, pasad con vuestros caballos y bestias de carga sobre mí! ¡He entregado sangre inocente! ¡Pisoteadme hasta convertirme en polvo!

Sulpicio tomó las riendas del caballo de Faustina y lo apartó.

—Este es un pecador que quiere hacer penitencia —dijo—. No te detengas por ello. Estas gentes son extrañas, hay que dejarlas seguir su propio camino.

El hombre en el camino seguía gritando:

—¡Poned los talones sobre mi corazón! ¡Dejad que los camellos aplasten mi pecho y que el asno hunda sus cascos en mis ojos!

Pero Faustina no podía pasar de largo junto a aquel desdichado sin intentar hacer que se levantara. Seguía detenida junto a él. La mujer israelita que ya antes había querido ayudarla se acercó de nuevo.

—Este hombre también ha sido de los discípulos del profeta —dijo—. ¿Quieres que le pregunte por su maestro?

Faustina asintió, y la mujer se inclinó sobre el que yacía.

—¿Qué habéis hecho los galileos hoy con vuestro maestro? —preguntó—. Os encuentro dispersos por todos los caminos, pero a él no le veo en ninguna parte.

Pero cuando así preguntó, el hombre que yacía en el polvo del camino se incorporó sobre las rodillas.

—¿Qué mal espíritu te ha impulsado a preguntarme por él? —dijo con voz desgarrada—. ¿No ves que me he arrojado al polvo del camino para ser pisoteado? ¿No te basta eso? ¿Tienes que venir a preguntarme qué he hecho con él?

—No entiendo de qué me acusas —dijo la mujer—. Solo quería saber dónde está tu maestro.

Cuando repitió la pregunta, el hombre se levantó de un salto y se tapó los oídos con ambos dedos índices.

—¡Ay de ti, que no me dejas morir en paz! —gritó.

Se abrió paso entre la multitud que se agolpaba ante la puerta y desapareció en la ciudad. Entonces la mujer israelita se volvió a Faustina y le dijo:

—Algo terrible debe de haber sucedido hoy con el profeta de Nazaret. Por todas partes veo discípulos suyos que huyen y se esconden.

Sulpicio montó a caballo y quiso seguir adelante, pero Faustina lo detuvo.

—No, no —dijo—, no puedo irme sin saber más. Esperemos aquí un poco. Quizá alguien pueda decirnos algo.

La calle por la que estaban era estrecha y conducía a una de las puertas de la ciudad. La multitud que quería entrar se agolpaba allí, y los jinetes avanzaban con dificultad. De repente, la muchedumbre comenzó a agitarse y se oyeron gritos. Procedían de la puerta de la ciudad, y se acercaban rápidamente. Pronto se vio que algo extraordinario sucedía. La gente se apartaba presurosa, y muchos huían a las casas o a las callejuelas laterales. Los soldados romanos a caballo se abrían paso a duras penas entre la multitud. Detrás de ellos, empujada por los soldados, avanzaba una masa de gente. En medio de ella, unos hombres conducían a un prisionero. Iba atado con cuerdas, y los soldados lo golpeaban con las lanzas para que avanzara más rápido.

Cuando Faustina vio al prisionero, dio un grito y se cubrió el rostro con las manos. Pero enseguida las apartó y miró fijamente al hombre que se acercaba.

Su cabeza estaba coronada de espinas, y un manto de púrpura colgaba de sus hombros. Su rostro estaba desfigurado por los golpes y cubierto de sangre y sudor. Pero sus ojos... sus ojos eran los del hombre que había visto en el camino de la montaña, los del jinete que había curado a la doncella leprosa. Eran los mismos ojos llenos de amor y de piedad.

—¡Él es! —gritó Faustina—. ¡Él es el profeta!

Quiso abalanzarse hacia él, pero Sulpicio la sujetó.

—¡Detente, Faustina! —exclamó—. No puedes hacer nada. La multitud te aplastará.

Pero ella forcejeó para liberarse.

—¡Déjame! —gritó—. ¡Tengo que llegar hasta él! ¡Tengo que hablarle!

Se abrió paso a empujones entre la gente y llegó hasta donde estaba el prisionero. Cayó de rodillas ante él y alzó las manos suplicantes.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Señor, ten piedad de mí!

El prisionero la miró. Una sonrisa de infinita ternura iluminó su rostro.

—Mujer —dijo—, tu fe te ha salvado.

Luego siguieron adelante, y Faustina quedó de rodillas en medio del camino, mirando cómo se alejaba. Sulpicio se acercó y la ayudó a levantarse.

—Vamos, Faustina —dijo—. No podemos quedarnos aquí. La noche se acerca.

Ella se dejó llevar sin resistencia. Pero cuando llegaron a la entrada de la ciudad, se volvió una vez más y miró hacia el lugar por donde había desaparecido el cortejo.

—Ahora sé —murmuró— que él es el Salvador. Él es quien puede curar a Tiberius. Él es quien puede devolverle el amor a los Hombres. Pero... ¿cómo? ¿Cómo va a curarlo si él mismo está tan herido?

Y Faustina, la vieja nodriza del emperador, rompió a llorar amargamente.

Sulpicio la condujo a una posada y la acostó. Ella yacía inmóvil, con los ojos abiertos, mirando fijamente la oscuridad.

De repente, un trueno sacudió el cielo. Un relámpago iluminó la estancia. Luego otro, y otro. La tormenta se desencadenó sobre Jerusalén. La lluvia azotaba los muros, y el viento aullaba por las calles.

Faustina se incorporó en el lecho.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es la tormenta —respondió Sulpicio—. Duerme, Faustina. Mañana será otro día.

Pero ella no pudo dormir. Toda la noche estuvo en vela, pensando en el hombre coronado de espinas, en sus ojos llenos de amor y de dolor, y en el pobre emperador, tan solo, tan enfermo, tan despreciado por todos, allá en su isla de Capri.

Y cuando la mañana despuntó, gris y lluviosa, supo que su misión había fracasado. El profeta no podría ir a Capri. Ya no iría a ninguna parte.

Pero también supo que algo había cambiado en ella. Ya no era la misma que había llegado a Jerusalén. Algo nuevo había nacido en su corazón. Una esperanza que no podía explicar con palabras, pero que sentía más real que todo lo demás.

Y así, Faustina, la vieja nodriza de Tiberio, emprendió el camino de regreso a Capri, llevando en su corazón, junto al inmenso dolor, una pequeña semilla de esperanza.

7

La mujer del procurador romano en Jerusalén tenía una joven esposa, y en la noche anterior al día en que Faustina entró en la ciudad, yacía y soñaba.

Soñó que estaba en la azotea de una casa y miraba hacia el gran y hermoso patio interior que, según la costumbre oriental, estaba pavimentado de mármol y plantado de nobles arbustos.

Pero en el patio vio reunidos a todos los enfermos, ciegos y cojos que había en el mundo. Vio ante sí a los apestados, con cuerpos hinchados, a los leprosos con rostros carcomidos, a los paráliticos que no podían moverse sino que yacían indefensos en el suelo, y a todos los desgraciados que se retorcían de dolor y sufrimiento.

Y todos se apretujaban hacia la entrada para llegar a la casa, y algunos de los primeros golpeaban con fuerza la puerta del palacio.

Por fin vio que un esclavo abría la puerta y oyó cómo preguntaba qué querían.

Entonces le respondieron y dijeron: "Buscamos al gran profeta que Dios ha enviado a la tierra. ¿Dónde está el profeta de Nazaret, aquel que es señor de todos los tormentos? ¿Dónde está él, el que puede librarnos de todos nuestros males?".

Entonces el esclavo respondió en tono altivo e indiferente, como suelen hacer los sirvientes de palacio cuando rechazan a pobres forasteros: "De nada os sirve buscar al gran profeta. Pilatos lo ha mandado matar".

Entonces se levantó entre todos los enfermos un lamento, un gemir y un crujir de dientes tal que ella no pudo soportar oírlo. Su corazón se partió de compasión, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Pero así como empezó a llorar, despertó.

Volvió a dormirse, y otra vez soñó que estaba en la azotea de su casa y miraba hacia el patio, que era tan grande como una plaza de mercado.

Y he aquí que el patio estaba lleno de todos los hombres que eran locos y furiosos y estaban poseídos por malos espíritus. Y vio a algunos que estaban desnudos, y a otros que se envolvían en sus largos cabellos, y a otros que se habían trenzado coronas de paja y mantos de hierba y se creían reyes, y a otros que lloraban sin cesar por una pena que no podían nombrar, y a otros que arrastraban pesadas piedras que tomaban por oro, y a otros que creían que los malos demonios hablaban por su boca.

Vio cómo toda aquella gente se apretujaba hacia la puerta del palacio; y los que estaban más al frente golpeaban y llamaban para encontrar entrada.

Por fin se abrió la puerta, y un esclavo salió al umbral y les preguntó: "¿Qué deseáis?".

Entonces todos empezaron a gritar y a decir: "¿Dónde está el gran profeta de Nazaret, el enviado de Dios que ha de devolvernos el alma y la razón?".

Oyó cómo el esclavo les respondía en el tono más indiferente: "De nada sirve que busquéis al gran profeta. Pilatos lo ha matado".

Cuando se dijo esta palabra, todos los locos lanzaron un grito semejante al rugido de las fieras, y en su desesperación comenzaron a destrozarse a sí mismos, de modo que la sangre corría por las piedras. Y ella, la que soñaba, al ver toda su miseria, comenzó a retorcerse las manos y a lamentarse. Y su propio lamento la había despertado.

Pero volvió a dormirse, y de nuevo se hallaba en el espacio de la azotea de su casa. Y a su alrededor estaban sentadas sus esclavas, que tocaban para ella címbalos y laúdes, y los almendros esparcían sus blancos pétalos sobre ella, y las flores de las rosas trepadoras perfumaban el ambiente.

Mientras estaba allí sentada, una voz le dijo: "Ve a la balaustrada que rodea tu azotea y mira abajo a tu patio".

Pero en sueños se negó y dijo: "No quiero ver más a aquellos que se agolpan esta noche en mi patio".

En ese mismo instante oyó desde allí un ruido de cadenas, un golpeteo de pesados martillos y un chocar de madera contra madera. Sus esclavas dejaron de cantar y tocar y corrieron a la barandilla de la azotea y miraron abajo. Y ella tampoco pudo permanecer quieta, sino que fue y miró al patio.

Entonces vio que el patio de su casa estaba lleno de todos los pobres cautivos que había en el mundo. Vio a las gentes que de otro modo yacían en oscuras mazmorras atadas con pesadas cadenas de hierro. Vio llegar a las gentes que trabajaban en los negros pozos, arrastrando sus martillos, y los que eran remeros en las naves de guerra llegaban con sus pesados remos de hierro. Y los que estaban condenados a ser crucificados llegaban arrastrando sus cruces, y los que debían ser decapitados llegaban con sus hachas. Vio a los que habían sido llevados como esclavos a tierras extranjeras y cuyos ojos ardían de nostalgia. Vio a todos los miserables esclavos que tenían que trabajar como bestias de carga y cuyas espaldas estaban ensangrentadas por los latigazos.

Todos aquellos desdichados clamaban como con una sola voz y decían: "¡Abre, abre!".

Entonces el esclavo que vigilaba la entrada salió por la puerta y les preguntó: "¿Qué deseáis?". Y ellos respondieron como los otros: "Buscamos al gran profeta de Nazaret, que ha venido a la tierra para devolver la libertad a los cautivos y la felicidad a los esclavos".

El esclavo les respondió en tono cansado e indiferente: "Aquí no podéis encontrarlo. Pilatos lo ha mandado matar".

Cuando se dijo esta palabra, a ella, la que soñaba, le pareció que entre todos aquellos desdichados se levantó tal explosión de blasfemias y escarnio que oyó cómo temblaban la tierra y el cielo. Ella misma quedó paralizada de espanto, y un estremecimiento tal recorrió su cuerpo que despertó.

Cuando estuvo completamente despierta, se incorporó en la cama y se dijo a sí misma: "No quiero soñar más. Ahora me mantendré despierta toda la noche para no tener que ver más de estas cosas horribles".

Pero casi en el mismo instante en que pensó esto, el sueño la había vencido de nuevo, y había apoyado la cabeza en la almohada y se había dormido.

Otra vez soñó que estaba sentada en la azotea de su casa, y su pequeño hijito corría de un lado a otro arriba jugando a la pelota.

Entonces oyó una voz que le decía: "Ve a la balaustrada que rodea la azotea y mira quiénes son los que están en el patio esperando".

Pero ella, la que soñaba, se dijo a sí misma: "Esta noche he visto bastante miseria. No puedo soportar más. Quiero quedarme donde estoy".

En ese mismo instante, su hijito lanzó la pelota de modo que cayó por encima de la barandilla, y el niño corrió y se subió a la reja.

Entonces ella se asustó y corrió hacia allí y sujetó al niño.

Pero al hacerlo, dirigió una mirada hacia abajo, y una vez más vio que el patio estaba lleno de gente.

Pero allí, en ese patio, estaban todos los hombres de la tierra que habían sido heridos en la guerra. Llegaban con cuerpos mutilados, con miembros amputados y grandes heridas abiertas por las que manaba la sangre, de modo que todo el patio se inundaba de ella.

Y junto a ellos se apiñaban allí todos los hombres de la tierra que habían perdido a sus seres queridos en el campo de batalla. Eran los huérfanos que lloraban a sus defensores, y las jóvenes que clamaban por sus amados, y los ancianos que suspiraban por sus hijos.

Los primeros de ellos se apretujaban hacia la puerta, y el portero llegó como antes y abrió.

Preguntó a aquellas gentes que habían sido heridas en reyertas y combates: "¿Qué buscáis en esta casa?".

Y ellos respondieron: "Buscamos al gran profeta de Nazaret, que prohibirá la guerra y la contienda y traerá la paz a la tierra. Lo buscamos a él, que convertirá las lanzas en hoces y las espadas en podaderas".

Entonces el esclavo respondió un poco impaciente: "¡No vengáis más a atormentarme! Ya lo he dicho bastante a menudo. El gran profeta no está aquí. Pilatos lo ha matado".

Y con esto cerró la puerta. Pero ella, la que soñaba, pensó en toda la desdicha que ahora debía estallar. "No quiero oírlo", dijo, y se apartó de la barandilla.

En ese mismo instante despertó. Y vio que, en su angustia, había saltado de la cama al suelo frío de piedra. Otra vez pensó que no quería soñar más aquella noche, y otra vez el sueño la venció, de modo que cerró los ojos y comenzó a soñar.

Una vez más estaba sentada en la azotea de su casa, y a su lado estaba su marido. Y le contó sus sueños, y él se burló de ella. Entonces oyó de nuevo una voz que le decía: "Ve y mira a las gentes que esperan en tu patio". Pero ella pensó: "No quiero verlas. Ya he visto suficientes desdichados esta noche".

En ese mismo instante oyó tres golpes fuertes en la puerta, y su marido fue a la barandilla para ver quién era el que pedía entrada en su casa. Pero apenas se había asomado al pretil, cuando hizo señas a su mujer para que viniera.

"¿No conoces a este hombre?", dijo, señalando abajo.

Cuando ella miró al patio, vio que estaba lleno de jinetes y caballos. Unos esclavos estaban ocupados descargando las cargas de asnos y camellos.

Parecía como si hubiera llegado un viajero distinguido.

A la entrada estaba el forastero. Era un hombre alto y anciano, de anchos hombros y expresión sombría y taciturna.

La soñadora reconoció al instante al extranjero y susurró a su marido: "Ese es el César Tiberio, que ha venido a Jerusalén. No puede ser otro".

"También yo creo reconocerlo", dijo su marido, y al mismo tiempo se llevó el dedo a los labios en señal de que ella debía callar y escuchar lo que se hablaba abajo en el patio.

Vieron que el portero salía y preguntaba al forastero: "¿A quién buscas?".

Y el viajero respondió: "Busco al gran profeta de Nazaret, que está dotado del poder milagroso de Dios. El emperador Tiberio lo llama para que lo libre de una enfermedad terrible que ningún otro médico puede curar".

Cuando hubo hablado, el esclavo se inclinó muy humildemente y dijo: "Señor, no te enfades, pero tu deseo no puede cumplirse".

Luego el emperador se dirigió a sus esclavos que esperaban abajo en el patio y les dio una orden.

Entonces los esclavos acudieron presurosos; unos tenían las manos llenas de joyas, otros sostenían copas llenas de perlas, otros arrastraban sacos con monedas de oro. El emperador se volvió al esclavo que vigilaba la puerta y dijo: "Mira aquí: todo esto te lo daré si me dejas entrar".

Pero el esclavo respondió: "Señor, no te enfades con tu siervo, pero tu deseo no puede cumplirse".

Entonces el emperador hizo una nueva señal a sus esclavos, y unos cuantos acudieron presurosos con una vestidura ricamente bordada sobre la que resplandecía un pectoral de joyas.

Y el emperador dijo al esclavo: "Mira aquí: lo que le ofrezco es el poder sobre la tierra de los judíos. Gobernará a su pueblo como juez supremo. Pero que primero me siga y cure a Tiberio".

Pero el esclavo se inclinó aún más hasta el suelo: "¡Señor, no está en mi poder ayudarte!".

Entonces el emperador hizo una nueva señal, y sus esclavos acudieron presurosos con una diadema de oro y un manto de púrpura.

"Mira", dijo, "esta es la voluntad del emperador: jura nombrarlo su heredero y darle el dominio sobre el mundo. Tendrá el poder de gobernar toda la tierra según la voluntad de su dios. ¡Pero que primero extienda su mano y cure a Tiberio!".

Entonces el esclavo se postró en tierra a los pies del emperador y dijo con voz lastimera: "¡Señor, no está en mi poder obedecerte! Aquel a quien buscas ya no existe. Pilatos lo ha mandado matar".

8

Cuando la joven mujer despertó, ya era pleno y claro día, y sus esclavas estaban allí esperando para ayudarla a vestirse. Permaneció muy callada mientras se dejaba vestir, pero por fin preguntó a la esclava que peinaba su cabello si su marido se había levantado ya. Entonces supo que lo habían llamado para presidir el juicio contra un malhechor.

—Me gustaría hablar con él —dijo la joven.

—Señora —respondió la esclava—, en medio del interrogatorio será difícil conseguirlo. Te avisaremos en cuanto haya terminado.

Permaneció sentada en silencio hasta que estuvo completamente vestida. Luego preguntó:

—¿Alguna de vosotras ha oído hablar del profeta de Nazaret?

—El profeta de Nazaret es un taumaturgo judío —respondió una de las esclavas al punto.

—Es extraño, señora, que preguntes por él precisamente hoy —dijo otra de las esclavas—. Es él a quien los judíos han traído al palacio para que el procurador lo interrogué.

Le rogó que fuera enseguida a enterarse de qué se le acusaba, y una de las esclavas se retiró. Cuando regresó, dijo:

—Lo acusan de querer hacerse rey de este país, y piden al procurador que lo haga crucificar.

Pero cuando la mujer del procurador oyó esto, se asustó muchísimo y dijo:

—Tengo que hablar con mi marido, o aquí sucederá hoy una desgracia terrible.

Cuando las esclavas le dijeron una vez más que eso era imposible, empezó a temblar y a llorar. Y una de ellas, conmovida, dijo:

—Si quieres enviar al procurador un mensaje escrito, intentaré entregárselo.

Tomó entonces al punto un punzón y escribió unas palabras en una tablilla de cera, y esta fue entregada a Pilatos.

Pero a él no pudo verlo a solas en todo el día, pues cuando hubo despedido a los judíos y estos condujeron al reo al lugar del suplicio, llegó la hora de la comida, y a ella Pilatos había invitado a algunos de los romanos que por entonces se hallaban en Jerusalén: el comandante de las tropas, un joven maestro y algunos otros.

Esta comida no fue muy alegre, pues la mujer del procurador permaneció todo el tiempo muda y abatida, sin tomar parte en la conversación. Cuando los comensales preguntaron si estaba enferma o triste, el procurador les contó riendo el mensaje que ella le había enviado por la mañana. Y se burló de ella porque había creído que un procurador romano se dejaría guiar en sus juicios por los sueños de una mujer.

Ella respondió queda y tristemente:

—En verdad, esto no fue un sueño, sino una advertencia venida de los dioses. Deberías haber dejado vivir a ese hombre al menos por este día.

Vieron que estaba seriamente afligida. No quería consolarse, por mucho que los comensales se esforzaran en hacerle olvidar esas vanas quimeras con una conversación entretenida.

Pero al cabo de un rato, uno de ellos alzó la cabeza y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Hemos estado tanto tiempo a la mesa que el día ya declina?

Todos levantaron entonces la vista y notaron que un leve crepúsculo se cernía sobre la naturaleza. Era sobre todo extraño ver cómo todo el multicolor juego de colores que cubría todas

las cosas y seres se extinguía suavemente, de modo que todo aparecía de un gris uniforme. Igual que todo lo demás, también sus propios rostros perdieron el color.

—Realmente parecemos muertos —dijo el joven retórico con un escalofrío—. Nuestras mejillas están grises y nuestros labios negros.

Mientras esta oscuridad se hacía más profunda, aumentaba también el espanto de la joven mujer.

—¡Ay, amigo mío! —exclamó por fin—. ¿No reconoces ahora que los Inmortales quieren advertirte? Están airados porque has condenado a muerte a un hombre santo e inocente. Pienso que, aunque ya debe de haber sido crucificado, seguramente aún no habrá expirado. ¡Haz que lo bajen de la cruz! Con mis propias manos quiero cuidar sus heridas. Permite solo que se le devuelva a la vida.

Pero Pilatos respondió riendo:

—Seguramente tienes razón en que esto es una señal de los dioses. Pero de ningún modo dejan perder su brillo al sol porque un falso maestro judío haya sido condenado a muerte en cruz. Más bien cabe esperar que ocurran acontecimientos importantes que afecten a todo el Imperio. Quién sabe cuánto tiempo el viejo Tiberio...

No terminó la frase, porque la oscuridad se había hecho tan profunda que ni siquiera podía ver la copa de vino que tenía delante. Se interrumpió, pues, para ordenar a los esclavos que trajeran rápidamente unas lámparas.

Cuando hubo luz suficiente para ver los rostros de sus invitados, hubo de notar el desánimo que se había apoderado de ellos.

—Mira —dijo un poco mohíno a su esposa—, parece que realmente has conseguido ahuyentar el contento de la mesa con tus sueños. Pero si ya es inevitable que hoy no puedas pensar en otra cosa, prefiramos oír lo que has soñado. Cuéntanoslo, ¡e intentaremos interpretar su sentido!

La joven mujer estuvo dispuesta en seguida. Y mientras iba contando visión tras visión, los invitados se ponían cada vez más serios. Dejaron de vaciar sus copas y sus frentes se arrugaron. El único que aún reía y lo llamaba todo delirio era el propio procurador.

Cuando el relato terminó, dijo el joven retórico:

—En verdad, esto es más que un sueño, pues yo mismo he visto hoy, no al emperador, pero sí a su antigua amiga Faustina entrar en la ciudad. Solo me extraña que no se haya presentado ya en el palacio del procurador.

—Ciertamente corre el rumor de que el emperador ha sido atacado por una enfermedad terrible —observó el comandante de las tropas—. También a mí me parece posible que el sueño de tu esposa sea una advertencia de los dioses.

—No tiene nada de increíble que Tiberio haya enviado un mensajero en busca del profeta para llamarlo junto a su lecho de enfermo —terció el joven retórico.

El comandante se volvió a Pilatos con profunda seriedad:

—Si el emperador ha tenido realmente la idea de hacer venir a este taumaturgo, entonces sería mejor para ti y para todos nosotros que lo encontrara con vida.

Pilatos respondió medio iracundo:

—¿Es esta oscuridad lo que os ha convertido en niños? Cualquiera diría que todos os habéis transformado en intérpretes de sueños y profetas.

Pero el comandante no cejó en su empeño:

—Quizá no sería tan imposible salvar la vida de ese hombre si enviaras un mensajero urgente.

—Queréis convertirme en el hazmerreír de la gente —respondió el procurador—. Decid vosotros mismos, ¿qué sería del derecho y el orden en este país si se supiera que el procurador ha indultado a un reo porque su mujer ha tenido un mal sueño?

—Sin embargo, es verdad, y no un sueño, que he visto a Faustina en Jerusalén —dijo el retórico.

—Acepto el cargo de responder de mi falta ante quien corresponda —dijo Pilatos—. Él comprenderá que ese iluminado, que se dejó maltratar sin resistencia por mis criados, no habría tenido poder para ayudarlo.

En el mismo instante en que estas palabras fueron pronunciadas, la casa fue sacudida por un estruendo que sonó como un violento trueno, y un terremoto hizo temblar el suelo. El palacio del procurador quedó en pie, pero inmediatamente después del terremoto se oyó por todas partes el espantoso crujir de casas que se derrumbaban y columnas que caían.

En cuanto pudo hacerse oír una voz humana, el procurador llamó a un esclavo.

—¡Corre al lugar del suplicio y ordena en mi nombre que bajen de la cruz al profeta de Nazaret!

El esclavo partió presuroso. Los comensales se trasladaron del comedor al peristilo para estar al aire libre por si el terremoto se repetía.

Nadie se atrevía a decir palabra mientras aguardaban el regreso del esclavo.

Este volvió muy pronto. Se detuvo ante el procurador.

—¿Lo encontraste con vida? —preguntó este.

—Señor, había expirado, y en el mismo instante en que entregó su espíritu, ocurrió el terremoto.

Apenas hubo dicho esto, se oyeron unos golpes recios en la puerta. Al oírlos, todos se sobresaltaron y se pusieron en pie de un salto, como si hubiera comenzado otro terremoto.

Poco después apareció un esclavo.

—Son la noble Faustina y Sulpicio, el pariente del emperador. Han venido a suplicarte que les ayudes a encontrar al profeta de Nazaret.

Un leve murmullo recorrió el peristilo, y se oyeron pasos quedos. Cuando el procurador miró en torno, notó que sus amigos se habían apartado de él como de alguien a quien la desgracia ha alcanzado.

La anciana Faustina había desembarcado en Capri y había ido a ver al emperador. Le contó su historia y, mientras hablaba, apenas se atrevía a mirarlo. Durante su ausencia, la enfermedad había hecho terribles progresos, y pensó para sí: "Si los dioses tuvieran misericordia, me habrían dejado morir antes de tener que decir a este pobre hombre atormentado que toda esperanza se ha desvanecido".

Para su asombro, Tiberio la escuchó, sin embargo, con la mayor indiferencia. Cuando ella le contó que el gran taumaturgo había sido crucificado el mismo día de su llegada a Jerusalén, y lo cerca que había estado de salvarlo, rompió a llorar bajo el peso de su decepción. Pero Tiberio dijo solamente:

—¿De verdad te afliges por eso? ¡Ay, Faustina! ¿Ni siquiera toda una vida en Roma ha conseguido arrancarte la fe en hechiceros y taumaturgos que absorbiste en tu infancia en los montes Sabinos?

Entonces la anciana comprendió que Tiberio nunca había esperado ayuda del profeta de Nazaret.

—¿Por qué, entonces, me dejaste hacer ese viaje a la tierra lejana, si durante todo el tiempo lo consideraste inútil?

—Eres mi única amiga —dijo el emperador—. ¿Por qué habría de negarte un deseo mientras esté en mi mano concedértelo?

Pero la anciana no podía aceptar que el emperador se hubiera burlado de ella.

—¡Ves, esa es tu vieja astucia! —dijo, exaltándose—. ¡Eso es precisamente lo que menos soporto de ti!

—No deberías haber vuelto a mi lado —dijo Tiberio—. Deberías haberte quedado en tus montañas.

Por un instante, pareció que los dos, que tan a menudo habían chocado, iban a enzarzarse de nuevo en una disputa, pero el enfado de la anciana se desvaneció al punto. Los tiempos en que podía verdaderamente enfadarse con el emperador habían pasado. Bajó de nuevo la voz. Pero no podía renunciar del todo a intentar tener razón.

—Pero ese hombre era realmente un profeta —dijo—. Yo lo vi. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, creí que era un dios. Fui una insensata al dejarlo ir a la muerte.

—Me alegro de que lo dejaras morir —dijo Tiberio—. Era un reo de alta traición y un sedicioso.

Faustina estuvo a punto de enfadarse de nuevo.

—Hablé con muchos de sus amigos en Jerusalén —dijo—. No cometió los crímenes de que se le acusaba.

—Aunque no cometiera esos crímenes concretos, no por eso era mejor que cualquier otro —dijo el emperador, cansado—. ¿Dónde está el hombre que en su vida no haya merecido la muerte mil veces?

Pero estas palabras del emperador decidieron a Faustina a hacer algo sobre lo que hasta entonces había estado indecisa.

—Quiero darte, sin embargo, una prueba de su poder —dijo—. Te he contado que puse mi velo sobre su rostro. Es el mismo velo que ahora tengo en mi mano. ¿Quieres contemplarlo un instante?

Extendió el velo ante el emperador, y él vio en él dibujado el sombrío contorno de un rostro humano.

La voz de la anciana tembló de emoción mientras proseguía:

—Ese hombre vio que yo lo amaba. No sé por qué poder fue capaz de dejarme su imagen. Pero mis ojos se llenan de lágrimas al contemplarla.

El emperador se inclinó y contempló esa imagen, que parecía hecha de sangre, de lágrimas y de las negras sombras del dolor. Poco a poco, todo el rostro fue surgiendo ante él, tal como estaba impreso en el velo. Vio las gotas de sangre en la frente; la corona de espinas punzantes, el cabello, pegajoso de sangre, y la boca, cuyos labios parecían temblar de dolor.

Se inclinó cada vez más sobre la imagen. Cada vez más claro surgía el rostro. De entre las sombrías líneas vio, de repente, los ojos resplandecer como con vida oculta. Y mientras le hablaban del terrible dolor, le mostraban al mismo tiempo una pureza y una majestad como jamás había visto.

Yacía en su lecho y absorbía aquella imagen con los ojos.

—¿Es esto un hombre? —preguntó quedamente, en voz baja—. ¿Es esto un hombre? Permaneció inmóvil, contemplando la imagen. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Lloro tu muerte, desconocido —susurró.

—¡Faustina! —exclamó por fin—. ¿Por qué dejaste morir a este hombre? Él me habría curado.

Y de nuevo se sumió en la contemplación de la imagen.

—Tú, hombre —dijo al cabo de un rato—. Si no puedo recibir de ti mi salvación, puedo al menos vengarte. Mi mano pesará sobre quienes te han robado a mí.

Permaneció largo tiempo en silencio, pero luego se deslizó hasta el suelo y cayó de rodillas ante la imagen.

—Tú eres el hombre —dijo—. Tú eres lo que nunca esperé ver. Y señalándose a sí mismo, su rostro destruido y sus manos carcomidas, añadió—: Yo y todos los demás somos fieras y monstruos, pero tú eres el hombre.

Inclinó la cabeza tan profundamente ante la imagen que tocó el suelo.

—¡Ten piedad de mí, desconocido! —dijo, y sus lágrimas humedecieron las piedras.

—Si hubieras vivido, tu sola vista me habría curado —dijo.

La pobre anciana se asustó de lo que había hecho. Habría sido más prudente no mostrar la imagen al emperador, pensó. Desde el principio había temido que su dolor sería demasiado grande cuando la viera.

Y en su desesperación por la aflicción del emperador, cogió la imagen como para apartarla de su vista.

Entonces el emperador alzó la mirada. Y he aquí que sus facciones se habían transformado, y estaba como había sido antes de la enfermedad. Era como si esta hubiera tenido su raíz y su alimento en el odio y el desprecio a los hombres que anidaban en su corazón; y había tenido que huir en el mismo instante en que él había sentido amor y compasión.

A la mañana siguiente, Tiberio envió tres mensajeros.

El primer mensajero fue a Roma y ordenó que el Senado investigara cómo administraba el procurador de Palestina su cargo, y que lo castigara si resultaba que oprimía al pueblo y condenaba a muerte a inocentes.

El segundo mensajero fue enviado al viñador y a su mujer para agradecerles y recompensarles el consejo que habían dado al emperador, y para contarles al mismo tiempo cómo había sucedido todo. Cuando lo hubieron oído hasta el final, lloraron en silencio, y el hombre dijo:

—Sé que el resto de mis días cavilaré sobre qué habría ocurrido si esos dos se hubieran encontrado.

Pero la mujer respondió:

—No podía suceder de otro modo. Era un pensamiento demasiado grande que esos dos se encontraran. Dios, el Señor, sabía que el mundo no podría soportarlo.

El tercer mensajero fue a Palestina y trajo de allí a Capri a algunos de los discípulos de Jesús, y estos comenzaron a predicar la doctrina que el Crucificado había enseñado.

Cuando estos maestros llegaron a Capri, la anciana Faustina yacía en su lecho de muerte. Pero pudieron hacer de ella, antes de morir, una discípula del gran profeta y bautizarla. Y en el bautismo fue llamada "**Verónica**", porque le había sido concedido llevar a los hombres la verdadera imagen del Redentor.